

ECHAR A VOLAR

Voy a echar a volar mi pensamiento para saber hasta dónde puede llegar. Es posible que no salga de mi cuerpo donde está encerrado o si tengo suerte llegará al lugar donde se reúnen mis compañeros. Eso me gustaría porque lo que hoy pensé es que qué suerte tener personas que te entiendan, que comulguen contigo en ideas, que puedas contar con ellas. Pero de ellos no voy a hablar el día de hoy, mi pensamiento se refiere a Manboy, que por supuesto no se llamaba así. Lo de manboy lo inventó Raúl pues decía que nuestro amigo era a la vez hombre y niño. La combinación en español era muy larga y no sonaba bien. Manboy sí. Lo empecé a tratar cuando teníamos doce o trece años. Él me enseñó todo lo bueno de la vida, lo que los demás dicen es lo malo. Me enseñó a fumar. Lo hice con cigarros Carmelitas que eran muy chicos de tamaño pero que me hacían toser como si fueran gigantes. Me enseñó a beber. Empezamos con ron, del corriente. Vomité y vomité pero terminé por lograr conservarlo en mi panza. Me enseñó a no obedecer a mis padres, al cura, al maestro, a los adultos. Qué felicidad no ir a misa el domingo, no hacer la tarea, no acompañar a mi hermana a casa de sus amigas, irme de pinta, quitarle sus cosas a mi hermano, reprobar en moral y matemáticas, orinarme en la cama a propósito. Los golpes que recibía o los castigos no eran nada comparados con la felicidad. Y por supuesto, y eso fue lo principal, me enseñó para que están las mujeres en este mundo. Primero fui con él a verlas en un baño público a través de una ventana que daba a una azotea. Después, como que no quiere la cosa, nos acercamos a otras y sin querer queriendo las tocábamos y salíamos corriendo. Siguió la ida a lugares prohibidos por todos pero que eran una delicia. Ahí baile mi primer danzón pegándome lo más que pude a la mujer sin importarme tener una erección mientras lo

hacía pues para eso estaban ellas y yo ya había pagado mis cincuenta centavos para bailar. De ahí a contratar a una mujer para inaugurarme en las delicias de la carne no había más que un paso. Y lo di. Y por darlo me llené de bichos llamados ladillas. Él me enseñó cómo quitármelas. Con Manboy entré a cines donde estaba prohibida la entrada para gente de mi edad, aprendí a salirme, muerto de miedo y de emoción, de los restaurantes sin pagar; a decir palabrotas, a nadar y echarme clavados, a desvelarme hasta las cinco de la mañana platicando pendejadas, a vestirme como Dios manda cuando fui a visitar a mi primer novia a su casa, a rasurarme, a saber escapar cuando tocaba los timbres de las casas de toda la colonia, a subirme a los árboles, a pelear en la calle. Y todas estas enseñanzas sin cobrarme un solo quinto, por puro gusto.

Mi madre hablaba pestes de él y me prohibió llevarlo a mi casa, mi padre me dijo que si me volvía a ver con ese sujeto – así lo llamó- me atuviera a las consecuencias. Mi hermana lo nombraba como el naco ése. José, mi hermano menor, lo celaba porque yo no le hacía caso a él. Sólo Joaquina, la muchacha de la casa, hablaba bien de mi amigo, será porque cuando llegaba a entrar a escondidas la abrazaba y hasta una vez la besó.

La situación económica de la familia mejoró al agarrar mi padre un puesto político. Al fin, gritó mi madre emocionada, voy a poder tener una camioneta, mis hijos irán a escuelas particulares y no a esas del gobierno donde sólo aprenden cosas malas y están llenas de gente como ese Agustín. Jamás aceptó decirle Manboy. Para ella era Agustín. ¡Gracias sean dadas a Dios! La casa se llenó de veladoras prendidas día y noche durante una temporada.

Y no sólo cambié de escuela sino también de casa y de colonia. Por teléfono citaba a Manboy en el parque de la nueva colonia o en algún café o cine. Él iba pero ya no era lo mismo. Yo jamás acepté ir a la colonia donde vivíamos antes pues no tenía cómo hacerlo y me daba miedo irme

solo en camión y menos a pie. El sí hacía todo eso. Me llamó maricón por no atreverme. Le expliqué que mis padres...Maricón me llamó por segunda vez. Poco a poco dejamos de vernos, cuando lo hacíamos él terminaba por insultarme. Lo de maricón era lo más leve. Terminó con mentarme la madre. Fue la última vez que lo vi. Ese día todo mi aprecio por él y mi admiración se fueron por un tubo. Lo empecé a odiar con toda mi alma. Lo odié no por lo que me hizo o me dijo. Lo odié porque él sí era libre, porque él sí sabía lo que quería en esta vida.

En un pleito de pandillas lo hirieron. Fue al hospital. Todo se le complicó. Murió a los siete días. Yo me enteré después. Confieso que me dio gusto, mucho gusto. Al fin no había nadie con quien compararme. Terminé por imitar a mi hermana y dije que se lo merecía por naco.

La vida, que es canija, se vengó de mí. Llegué a tener todo lo que puede desear un hombre joven, no tiene caso escribirlo. Lo que jamás volví a tener es un amigo.

Y ahora pienso en él cada vez con mayor frecuencia. Los que llamo mis amigos no lo son en realidad. Son conocidos con los que me llevo bien. Pero amigo amigo...Sólo mi perro, mis gato y él.

Y sí, voy a echar mi pensamiento a volar, ya no quiero que llegue donde están los otros, quiero que llegue a él. El pensamiento puede cruzar paredes y por qué no, llegar al infierno donde seguramente se encuentra echando relajo con los diablos.

Manboy, me haces mucha falta.

Tomás Urtusástegui

2009